

DIOSES, TEMPLOS Y ORÁCULOS

*Creencias, cultos y adivinación en las grandes
civilizaciones del pasado*

FRANCISCO JOSÉ GÓMEZ FERNÁNDEZ



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Dioses, Templos y Oráculos
Subtítulo: *Creencias, cultos y adivinación en las grandes civilizaciones del pasado.*
Autor: © Francisco José Gómez Fernández

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Opalworks
Maquetación: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-370-3

Libro electrónico: primera edición

*A mi buen amigo Nacho, por su amistad,
por su interés, por su contagiosa ilusión
y por los magníficos ratos compartidos.
Con todo cariño, Fran.*

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
TODO LIBRO TIENE SU POR QUÉ	17
LOS HITITAS: RESULTADO DE UNA ORIGINAL SUMA DE PUEBLOS	23
CRONOLOGÍA DE LOS REYES HITITAS	28
LA RELIGIÓN HITITA	30
TEMPLOS, SACERDOTES Y FIESTAS EN EL PAÍS DE HATTI	44
LA ADIVINACIÓN ENTRE LOS HITITAS	52
BABILONIA: UNA CIUDAD DE LEYENDA	57
CRONOLOGÍA DE BABILONIA	60
LA RELIGIÓN BABILÓNICA	66
TEMPLOS Y SACERDOTES EN LA ANTIGUA BABILONIA	83
LOS ORÁCULOS Y LA ADIVINACIÓN BABILÓNICAS	94

EGIPTO: TIERRA DE FARAONES	107
CRONOLOGÍA DE EGIPTO	111
LA RELIGIÓN EGIPCIA	115
EL FARAÓN. HOMBRE SINGULAR, REY UNIVERSAL, ÚNICO SACERDOTE Y DIOS VIVO	136
TEMPLOS Y SACERDOTES EN EL ANTIGUO EGIPTO	138
ORÁCULOS Y ADIVINACIÓN EN EL PAÍS DEL NILO	155
GRECIA: ALDEA, POLIS E IMPERIO	171
CRONOLOGÍA DE GRECIA	174
LA RELIGIÓN GRIEGA: LITERATURA Y HUMANIDAD	178
EL TEMPLO Y EL SACERDOCIO GRIEGO	204
LA ADIVINACIÓN EN GRECIA	215
ROMA: SIETE COLINAS EN LA CIMA DEL MUNDO	237
CRONOLOGÍA DE ROMA	241
LA RELIGIÓN ROMANA	248
TEMPLOS Y SACERDOTES EN LA ANTIGUA ROMA	272
LA ADIVINACIÓN EN ROMA	287
EL CRISTIANISMO: NOVEDAD, ANONIMATO Y UNIVERSALIDAD	309
CRONOLOGÍA DEL PUEBLO JUDÍO Y DEL CRISTIANISMO ANTIGUO	313
LA BIBLIA, EL LIBRO DE LOS LIBROS	316
EL AUTOR DE LA BIBLIA	319
LEYENDA DE SARGÓN I	324
NACIMIENTO DE MOISÉS	324
ESTRUCTURA Y CONTENIDOS DE LA BIBLIA	334
ANTIGUO TESTAMENTO	334
LA LEY O PENTATEUCO	334
LIBROS HISTÓRICOS	334
LIBROS POÉTICOS Y SAPIENCIALES	335
LIBROS PROFÉTICOS	335
NUEVO TESTAMENTO	336

EVANGELIOS Y HECHOS DE LOS APÓSTOLES	336
EPÍSTOLAS DE SAN PABLO	336
EPÍSTOLAS CATÓLICAS Y APOCALIPSIS	336
JESÚS DE NAZARETH: HOMBRE REAL	
O PERSONAJE DE FICCIÓN	338
NACIMIENTO E INFANCIA DE JESÚS	341
EL COMPLEJO MUNDO DE JESÚS DE NAZARETH	346
EL FIN DE LA UTOPIÍA	356
EL NACIMIENTO DEL CRISTIANISMO	366
EL FINAL DE LA ANTIGÜEDAD: UN EPÍLOGO CRISTIANO	379
NOTAS SOBRE FOTOGRAFÍAS, DIBUJOS Y MAPAS	411
BIBLIOGRAFÍA	413
ÍNDICE DE TERMINOS	419

PRÓLOGO

Conozco a Francisco J. Gómez desde la universidad. Se preguntarán, ¿quién es Francisco? Pues el autor de este libro. Nunca compartimos clase pero sí director en la tesina y un montón de aventuras en el departamento de Historia Antigua de la Universidad de Valladolid. No era extraño encontrarnos charlando sobre temas históricos y religiosos en las mesas del departamento bajo la luz de los tubos fluorescentes y rodeados de libros y revistas. Aquellos momentos, que nacían como un pequeño interludio en nuestros respectivos trabajos de investigación, se convertían normalmente en interminables charlas sobre los temas más peregrinos.

Me consta que Francisco es una persona cuyas preocupaciones en el mundo religioso le han llevado a lo largo de la vida por los caminos más insospechados. Su necesidad de búsqueda en lo más profundo del ser humano le convierten, quizá, en la persona más indicada para desarrollar un libro de estas características. Y el magnífico resultado obtenido así lo demuestra.

La religión en la Antigüedad es uno de los campos de trabajo más complicados dentro de la investigación histórica. Distinguir entre religión, magia e incluso ciencia, es, en la inmensa mayoría de las ocasiones, querer poner puertas al campo. Para los antiguos, esos términos eran parte de un mismo concepto; algo así como si nosotros quisiéramos separar la cirugía de la medicina y la enfermería. Aunque hacen referencia a temas diferentes, en realidad pertenecen al mismo contexto.

El mismo problema nos encontramos cuando queremos ver manifestaciones politeístas en culturas con muchos dioses como la egipcia. Sin embargo, cuando nos adentramos a conocer los detalles que dan forma a

esas creencias descubrimos con sorpresa que en esa vorágine de dioses hay en realidad una única esencia divina que bien podría hacernos ver un gran esbozo primigenio del monoteísmo. Algo así como el uno y el todo que han querido ver algunos especialistas en religiones antiguas.

El principal problema que nos encontramos a la hora de estudiar este tipo de trabajos es la distancia que nos aleja de la forma de pensar de aquellas personas. La lejanía temporal que nos separa de las comunidades y sociedades que construyeron creencias basándose en las inquietudes que sentían por todo lo que les rodeaba, es, en la actualidad, algo difícil de ver, probar y comprender. Por ello no es extraño encontrarse con valoraciones un tanto frívolas sobre algunos aspectos de la religión en la Antigüedad, incluso en libros escritos por sesudos especialistas. El caso que mejor conozco es el del antiguo Egipto. Pero podemos ver otros ejemplos en Grecia, Roma o en cualquier otra gran cultura de la Antigüedad. No es justo reducir el significado de los dioses a un único elemento. Ni Hathor era la diosa de la música o de la alegría, ni Osiris era el de la muerte, ni Horus era el dios del sol; conceptos que ni siquiera abarcan o comprenden muchos de quienes los definen como tal. Aquellos dioses, eran manifestaciones divinas de conceptos mucho más complejos que difícilmente podemos comprender ni reducir a una simple etiqueta, como el que va por un supermercado buscando según los carteles una bebida determinada.

No es sencillo combinar todos estos elementos con éxito en una obra de divulgación. Pero me consta que este problema queda resuelto con el libro de Francisco, *Dioses, templos y oráculos*. Dejando de lado etiquetas, ideas preconcebidas y ligerezas como las que comentaba más arriba, estas páginas nos sumergen en el mundo de las creencias y en el desarrollo de las mismas a lo largo de diferentes culturas de la Antigüedad. En todas ellas veremos un hilo conductor muy claro. Como si se fueran reciclando las creencias, travistiéndolas según personas, épocas y objetivos políticos, la esencia de la propia religión siempre ha sido la misma. Algunas de las similitudes existentes, por ejemplo, entre la religión egipcia y la tradición judeocristiana, son tan claras y evidentes que en más de una ocasión dudaremos de si estamos ante un texto de la época faraónica o de una parábola de Cristo. He ahí la grandeza del pensamiento humano y su manifestación en el mundo de las creencias. Hay patrones mucho más evidentes que en la actualidad ya son aceptados por todos los estudiosos.

Me estoy refiriendo, por poner un caso, a la representación tradicional de la Virgen María con el Niño Jesús en el regazo. Esa imagen tan extendida en el medievo es, literalmente, un calco de las representaciones de

Isis con el niño Horus en el regazo que tanto proliferaron en los últimos siglos de la historia de Egipto. Incluso los ingredientes que dan cuerpo a la tradición mariana están extraídos y reciclados de la tradición isíaca egipcia. Esto es algo que hoy todos aceptamos como natural y que incluso utilizaron los conquistadores españoles en los siglos XVI y XVII cuando expandieron la religión cristiana por América. Resultaba más sencillo amoldar los patrones del nuevo credo a los ya existentes en las religiones locales “paganas”, que forzar a creer en una religión repleta de elementos totalmente extraños a los indios americanos. Esta tendencia ha seguido en la actualidad y no es extraño ver fiestas cristianas en México o Guatemala, por poner solo dos ejemplos, edulcoradas con colores y tradiciones centenarias que vienen del mundo maya y azteca.

Esto mismo se hizo en Egipto, en Mesopotamia en Grecia o en Roma. El trasfondo es casi siempre idéntico y solamente se va cambiando la forma en la que se representan los cultos y las divinidades tal y como descubrimos en Dioses, templos y oráculos. Multiplicado en innumerables facetas, en este libro nos sorprenderemos con que la religión va más allá de simples mitologías humanizadas entre personajes de una especie de tragedia cosmogónica. Los dioses vivían en templos; lugares santos que normalmente eran entendidos como entes vivos. Un templo en la Antigüedad no era como nuestras iglesias; al menos no lo son en el sentido actual del término. Hoy hemos perdido el sentido natural de los templos. Casi habría que hablar de lugares de visita turística en donde en algunas ocasiones se celebran oficios religiosos casi a modo de recordatorio de una tradición milenaria que, en el caso del cristianismo, hunde sus raíces en cultos paganos de miles de años de antigüedad. Pero para babilonios, egipcios, griegos o romanos, los santuarios eran espacios de encuentro, recogimiento y, sobre todo, lugares activos en donde vivía la divinidad. Como tales sitios con vida propia, desempeñaban una función principal en la sociedad, función que hoy ni siquiera podemos acercarnos a imaginar con nuestra óptica del siglo XXI.

Y ciertamente, visto con frialdad, poca cosa ha cambiado en el mundo actual. Ya sean nuestras sociedades más o menos creyentes o se identifiquen o no con un credo determinado, al final, la tradición tiene un peso tan grande que se acaba cediendo en muchos casos. Por ello podemos ver a presidentes de gobierno aparentemente no creyentes, en ceremonias religiosas de Estado, o yendo aún más lejos, importantes gobernantes asesorados por videntes, etcétera, etcétera, etcétera. Lo mismo que Alejandro Magno hizo con el oráculo de Siwa en Egipto en el año IV a. de C. o Felipe II con sus astrólogos de El Escorial en el siglo XVI.

El tema da para mucho y este libro es un ejemplo de ello. Estoy convencido de que después de leerlo el lector tendrá infinidad de inquietudes nuevas sobre un asunto que, quizá en un principio, nunca pensó que podría llamarle la atención. Y es que, queramos o no, creamos o no, el ser humano está obligado de forma irremediable a creer en algo llamémosle como queramos llamarlo. Eso es algo que va dentro de la propia esencia humana y que, “gracias a Dios”, no ha cambiado nada desde hace decenas de miles de años.

Nacho Ares

Madrid
27 de enero de 2007

TODO LIBRO TIENE SU POR QUÉ

Hace ya unos 15 años, mientras estudiaba primero de Geografía e Historia, presencié un suceso que está en el origen de este libro y sirve para justificar, al menos parcialmente, el mismo.

Eran las nueve de la mañana de uno de los primeros días del curso, antes de Navidad. Salvo los lunes, el resto de la semana teníamos a esta hora la primera clase: Historia del Arte. Era una sesión tediosa. Se bajaban las persianas, se corrían las cortinas y la profesora iniciaba un pase de diapositivas aderezado con un monótono parlamento que consistía en un dictado de datos, fechas, nombres, características generales del arte concreto que se exponía y del periodo en cuestión. Aquel día había empezado como los demás, salvo por un pequeño detalle.

Un compañero que no iba mucho por la facultad, pero al que todos conocíamos debido a sus escasas pero originales y jocosas apariciones, había venido a clase desde las nueve en punto. Esto no era común en él, ya que cuando asistía solía hacerlo a partir de las doce de la mañana, hora en la que tan solo quedaba una asignatura más, a lo sumo, y con frecuencia lo hacía para pedir apuntes, no para ocupar un asiento toda una hora. Pues bien, llevábamos unos treinta minutos de clase cuando oímos un ruido fuerte y grave, como si algo hubiese golpeado violentamente la tarima del suelo. La profesora, alarmada, mandó encender la luz para contemplar con asombro como nuestro citado compañero de estudios hacía intentos por ponerse de pie. Es triste pero real. ¡Se había quedado dormido! En el transcurso de la explicación, aquel muchacho que, bien es verdad, no amaba excesivamente la asignatura, había cedido al sopor que

sufría la mayor parte del auditorio, cayendo al pasillo y golpeándose contra el suelo entarimado.

Muchos os preguntaréis qué tiene este suceso que ver con un libro sobre el pensamiento religioso y su desarrollo en seis civilizaciones de la Antigüedad. Pues mucho. Si en algún momento alguien nos hubiese explicado en clase por qué se levantaron aquellos templos, quién los habitaba, qué dioses eran los que inspiraron aquellas formas, qué creían de ellos los hombres del momento... es posible que nuestra atención hubiese sido mayor y que el sueño, que venció al anónimo protagonista de esta anécdota, se hubiese podido combatir mejor.

Evidentemente, no se escribe un libro para honrar la memoria de un suceso jocoso o de un compañero aburrido. Hay motivaciones más sólidas de fondo, sin embargo, una de ellas es evitar que hechos tan lamentables vuelvan a suceder. No es un drama que alguien se duerma en un aula, sí que lo es que las clases universitarias sean recitales de apuntes ajados y obsoletos y un mero cúmulo de nociones carentes de reflexión y relación con otras disciplinas con las que están íntimamente ligadas. Estas páginas pretenden, en primer lugar, ofrecer una luz sobre las creencias, divinidades, cultos y vivencias de los hombres que formaban parte de las culturas estudiadas a lo largo del libro, iluminando así, y llenado de contenido y vida, esos templos, esas obras de arte que hoy contemplamos frecuentemente pero que nos resultan desconocidas en cuanto a su sentido más profundo. Así mismo, se intenta exponer el lugar destacado que ocupó la adivinación entre estos pueblos y su sentido religioso profundo, muy distante del que hoy conferimos a todas estas prácticas.

En segundo lugar, hay un deseo permanente en todo el libro de ahondar en el estudio del espíritu humano, que tan poco ha variado desde entonces. El hombre actual ha cambiado sus formas externas de manifestación, vida y comunicación, pero nada más. Lo cierto es que, hoy como ayer, seguimos haciéndonos las mismas preguntas vitales que deseamos ardientemente responder, y sin cuyas respuestas nuestras vidas carecen de sentido. Deseamos saber de dónde venimos y a dónde vamos; si hay un gran hacedor universal que da sentido a todo lo que existe y nos espera tras la muerte o, por el contrario, todo esto es una broma pesada del destino; si hay como tal un bien absoluto o nuestras creencias son categorías culturales y cualquier actitud está bien si a nosotros nos lo parece y, en definitiva, todos nos planteamos qué sentido tiene y cuál es la mejor manera de vivir nuestra existencia.

Durante siglos, las respuestas a estas cuestiones vitales han sido respondidas por la religión que, sin embargo, hoy parece no satisfacer a

mucha gente. Esta dinámica de cuestionamiento de los planteamientos religiosos se inició a finales del siglo XVIII, cuando algunos ilustrados comenzaron a dudar de la competencia de la religión para responder a ciertas cuestiones. En la siguiente centuria, fueron pensadores como Hegel y Follerbach los que concluyeron que las religiones eran un fenómeno cultural, ligado a una civilización y, por tanto, un estadio más de la cultura humana, propio de una etapa de la conciencia en la que esta carecía de la ciencia. Así, todas las religiones se superarían en cuanto la ciencia ocupase el lugar que le corresponde y alumbrase con su luz los misterios de la vida y de la muerte.

Hoy día se admiten, casi como una verdad incuestionable, los postulados de Rudolf Otto, seguidos más tarde por Mircea Eliade. Ambos defendieron en su día que la religión era un componente estructural del ser humano, por tanto, que forma parte inseparable del hombre y es constitutivo del mismo. Efectivamente, el hombre tiene una necesidad antropológica de creer en un ser superior, seguramente para dar respuesta a esas preguntas esenciales de la vida humana. Ahora bien, que esta necesidad haya estado en el origen de todas las religiones no significa que Dios no exista, sino que tenemos una imperiosa premura por desvelar su misterio y relacionarnos con Él, si es que existe. El hombre es un animal religioso por naturaleza, pese a que actualmente se niega por mucha gente tal cualidad, lo cierto es que a nadie le resulta indiferente el tema, sobre todo cuando las circunstancias adversas de la vida arrecian.

De aquí que el conocimiento de las inquietudes de nuestros antepasados, y de su propia espiritualidad, nos resulte atractivo. Descubrir sus anhelos más profundos, las soluciones que aportaron a sus dudas existenciales, su propio espíritu, en definitiva, tan similar al nuestro, y hermanarnos con ellos en ese empeño por traspasar el umbral de lo material hacia lo trascendente, es descubrir también mucho sobre nosotros mismos y sobre el origen de nuestras propias creencias y condición humana. Ellos, como nosotros, fueron hombres y sintieron la angustia de la duda y la necesidad de la respuesta. En sus búsquedas y hallazgos encontramos los cimientos de los propios y a nuestros maestros en la carrera de la vida.

Por último, hay otra razón más para escribir estas páginas. Seguramente el lector se sentirá sorprendido, conmovido y hasta impresionado por las aportaciones de determinadas culturas y la profundidad de sus manifestaciones y textos religiosos. Estas soluciones, dadas a sus propios interrogantes, no son sino una invitación a replantearnos nuestras propias respuestas, recordando las fuentes de donde bebimos para llegar a las certezas que hoy tenemos. Todo hombre religioso sabe que creer es arries-

gar, en ocasiones, hasta sufrir en la búsqueda de esa razón definitiva a la que llamamos Dios, y al que nunca llegaremos por medio de nuestra razón, incapacitada para esa misión, sino a través de nuestro interior y de la experiencia de nuestra propia vida. La fe es algo que tiene mucho más que ver con la intuición y la vivencia que con la razón o el fanatismo. El hombre religioso ha de estar abierto a descubrir en él los signos de la presencia de Dios en su día a día y a mantener una relación personal con el mismo en la que arriesgar el sentido de su propia vida.

Es muy posible que a lo largo de la lectura el lector pueda sentirse conmovido por el profundo sentido espiritual de algunos textos babilónicos, egipcios o griegos y nadie que los lea con un mínimo de sensibilidad espiritual se atreverá a decir que aquellos hombres estaban lejos de Dios. Nosotros formamos parte de esa sucesión casi infinita de seres humanos que, desde que el hombre pisa la Tierra, busca un sentido para su existencia dentro y fuera de ella. En este libro, como tercer objetivo, también se quiere rendir homenaje a este anhelo tan humano que es la búsqueda de la trascendencia, y hacernos sentir a cada uno de nosotros miembros de una misma especie humana, peregrinando en la búsqueda de una respuesta trascendente válida y una forma de existencia digna.

A fin de satisfacer estos tres objetivos, me he servido de seis civilizaciones destacadas para Occidente, las cuales han dejado un desigual poso religioso y cultural en nuestro presente. Quizá, el mundo hitita y el babilónico son los más lejanos a nosotros, sin embargo, gozan de un enorme interés dado el importante desarrollo y carácter aglutinante de creencias orientales del que gozó Babilonia y el extraordinario experimento cultural que supuso el Imperio Hitita, en cuanto a su mezcla de razas semitas e indoeuropeas. No quería dejar pasar la oportunidad de desarrollarlas en el libro, junto con otras culturas de la trascendencia de Egipto, Grecia y Roma, deudoras en parte de las anteriores y pilares fundamentales de la nuestra. El último de los capítulos aborda el tema de los orígenes y el nacimiento del cristianismo como religión completamente nueva y original, que desde la modestia de sus orígenes, y la valía y elaboración de sus planteamientos, supo abrirse paso en ese mundo milenario de creencias antiguas, sobre las que paulatinamente se impuso y a las que terminó por dar el golpe de muerte.

Así mismo, he abordado cada uno de los cinco primeros capítulos comenzando con el desarrollo de las creencias religiosas de cada una de las culturas y, por tanto, de sus dioses, mitos, credos e inquietudes. He seguido con la exposición de los templos o manifestaciones arquitectónicas de su religión, que en muchos casos son casi los últimos restos que nos

quedan de ellas, además de desentrañar su simbolismo y sentido religioso. Para terminar, me he centrado en el lenguaje que los hombres emplearon para comunicarse con sus creadores, es decir, la adivinación y los oráculos, que lejos de ser una simple superstición tenían un carácter profundamente religioso. Solo el apartado dedicado al cristianismo rompe con esta estructura, como consecuencia de la originalidad de sus orígenes, planteamientos y posterior desarrollo.

Por tanto, en cada capítulo desfilarán ante nosotros las circunstancias que gestaron y modificaron las creencias; los dioses intuidos y creados; los anhelos, inquietudes y respuestas de cada uno de estos pueblos; la evolución de su fe; los templos o palacios habitados por sus dioses; el carácter simbólico y religioso de los mismos; los hombres o sacerdotes que elaboraban la religión, la transmitían al pueblo y atendían sus edificios de culto; y el lenguaje que emplearon para ponerse en comunicación con las divinidades. En definitiva, dioses, credos, ritos, templos, preguntas, respuestas, sacerdotes y adivinación, como los elementos esenciales de la fe y de las relaciones entre dioses y hombres.

Nada más me queda por decir. Tan solo desear que el libro sirva para desvelar el sentido profundo de las religiones y templos de los que vamos a hablar, para desentrañar un poco más la profundidad del espíritu humano, para hacernos conscientes de quienes somos y del valor de nuestras preguntas y desvelos, y desde luego, para disfrutar mucho. Espero que así sea.

Francisco José Gómez Fernández

Aranda de Duero
Febrero del 2007



LOS HITITAS

RESULTADO DE UNA ORIGINAL SUMA DE PUEBLOS

La civilización hitita se desarrolló, desde el 2000 a.C., sobre el territorio de la antigua Anatolia, más conocida actualmente como Turquía. El medio natural de estas tierras era severo y no facilitó la vida en ellas. La parte occidental era la más rica, con un clima, una vegetación y una economía mediterránea. Sin embargo, la parte oriental, y el interior del país, era y es abruptamente montañoso, imposibilitando la entrada de las lluvias. Esta circunstancia nunca impidió la existencia de ríos que, aunque de caudal irregular, conectaron la costa con el interior excavando grandes valles. El inicio de esta civilización se encuentra en el mismo centro geográfico de la península anatólica, en concreto, en su punto más bajo, a unos 1.000 metros de altura sobre el nivel del mar¹.

A inicios del segundo milenio antes de nuestra era, la región presentaba una importante diversidad de pueblos. Por una parte estaban los hititas y los luvitas, de origen indoeuropeo, que habían penetrado recientemente en el territorio, habitado previamente por los pueblos hurritas o hattí, más conocidos como protohititas, procedentes de un tronco étnico diferente al de los recién llegados. A estos grupos humanos se ha de sumar la presencia de colonias de mercaderes asirios, un pueblo de origen semita. Organizados en ciudades-estado, fue a fines del siglo XIX a.C. cuando una tendencia expansionista y unificadora sacudió la región².

Tras imponerse a las ciudades y poblaciones del entorno, el pueblo hitita inauguró, hacia el año 1800 a.C., lo que hoy denominamos como Reino Antiguo Hitita (1800 a.C-1460 a.C.). En su fundación destacan monarcas como Pithana, Labarna o Hattusili I. Pithana, por su parte,

sobresalió por la conquista de la ciudad de Kanish, llamada Nesa por los hititas, hacia 1780 a.C. Pese a ser monarca de Kussara, convirtió su nueva adquisición en capital de su Imperio.

En cuanto a Labarna, cuyo gobierno se supone hacia 1680 o 1650 a.C., hemos de decir que, aún hoy, es motivo de discusiones y teorías diversas. Hay quien cree que, efectivamente, fue un personaje real cuyo gobierno alcanzó tales cotas de acierto y esplendor que su nombre, *Labarna*, fue adoptado por los siguientes monarcas como título real, algo así como el término César en Roma. Otros estudiosos creen que nunca existió y que su aparición en el *Edicto de Telepinu*, redactado hacia 1500 a.C., se debe a un deseo del autor de ordenar los orígenes de la monarquía hitita y legitimar su pasado.

La figura del Labarna Hattusili I (1650-1620 a.C.) estuvo ligada al deseo de entroncar su nombre con el de la nueva capital de su Imperio, Hattusas. Según las fuentes, fue un gran general que ensanchó los límites de su país, llegando incluso a atravesar la cordillera del Taurus, expansión que le abrió las puertas de Siria.

Tras varios años de campañas; botines, dioses y esclavos habían enriquecido el reino hitita, sin embargo, no todo era prosperidad. Sobre el monarca y sus sucesores se cernía la permanente amenaza de la conspiración, encarnada ocasionalmente en sus propios hijos. El soberano, cansado de tanta traición, tomó una decisión audaz. Adoptaría y nombraría sucesor a su nieto que todavía era un niño. En un emotivo testamento político, rogó a los veteranos de sus expediciones que protegiesen su vida. Fieles a su general, los curtidos militares hititas así lo hicieron, logrando que el niño que un día fue proclamado sucesor por su abuelo, gobernase años después como Mursil I (1620-1590 a.C.).

El gobierno de Mursil I fue glorioso y, en el transcurso del mismo, se llegó a conquistar Aleppo, dominando toda la parte de Siria a este lado del Eúfrates, y a tomar Babilonia, entre cuyo botín destacaba la gran estatua del dios Marduk. Pero el prestigio y la victoria no le mantuvieron a salvo de la conspiración y, a su regreso, encontró la muerte de mano de su cuñado Hantilis I.

En los años sucesivos, la inestabilidad se adueñó del país, las intrigas y los crímenes de estado se sucedieron, mientras que los gasgas y los hurritas atacaban y saqueaban las tierras del Imperio que se desmoronaba. Hacia 1500 a.C., un golpe de estado realizado sin derramamiento de sangre reestableció el orden. El nuevo soberano, Telepinu, aprovechó la situación para promulgar nuevas normas que garantizasen una sucesión al trono ordenada y pacífica. A este código de leyes se le conoció como *Edicto de Telepinu*:

Cuando el monarca fallezca, será rey un primer príncipe varón. Si no hay un príncipe varón, tome marido la primera hija y que este sea rey.

Para garantizar el apoyo de los nobles a la nueva forma de sucesión, el rey les colmó de privilegios, asegurando así con su obra legislatora la pervivencia del Imperio.

De los sucesores de este monarca poco conocemos, aunque es muy posible que no tuviesen gran trascendencia dado que coincidieron con el momento de máximo esplendor del vecino reino de Mittani. Seguramente, el reino hitita, también conocido como reino de los hattis, permaneció a la defensiva, cerrado en los estrechos márgenes de su meseta.

Con Tudhaliya II inauguramos la fase conocida como el Imperio Hitita (1460-1200 a.C.). El conocimiento de este monarca es muy difícil dada la escasez de fuentes. Sabemos, sin embargo, que el resurgir definitivo del expansionismo hattis vino de la mano de Suppiluliuma, antiguo general que combatió con éxito en Arzawa haciéndose posteriormente con el poder. Su gobierno estuvo presidido por la consolidación de la superioridad hitita. Entre sus logros, cabe destacar el dominio al que redujo a sus más inmediatos enemigos, sometiendo a vasallaje al reino de Mittani y ocupando parte importante de Asia Menor. Así mismo, en Siria conquistó los reinos de Ugarit, Aleppo y Karkemish. Su fallecimiento, causado por la peste, le sorprendió tras la campaña victoriosa que dirigió contra los egipcios en Palestina y fue considerado una gran pérdida, ya que el Imperio había alcanzado bajo su dirección la mayor expansión de toda su historia.

Arnuwanda, hijo y sucesor de Suppiluliuma, se hizo cargo del gobierno logrando mantener intacta la herencia de su padre. No obstante, una prematura muerte llevó a Mursil II (1321-1295 a.C.), su hermano menor, al trono del Imperio. Era este un hombre religioso, observador de los preceptos divinos, convencido de que los pecados del rey los purgaba el pueblo. Durante su administración, se amuralló la frontera del Éufrates ante el descubrimiento de que una nueva potencia, Asiria, vigilaba el reino de Hatti.

Los siguientes monarcas se vieron abocados a un inevitable enfrentamiento con Egipto. Este conflicto tuvo su máxima expresión en la batalla de Kadesh. En ella, el monarca Muwatalli (1295-1272 a.C.), sucesor de Mursil II, estuvo muy cerca de provocar una estrepitosa derrota al ejército egipcio. Sus sucesores, Mursil III, Hattusili III y Tudhaliya IV, entre otros, mantuvieron una política exterior belicista, encaminada a mantener intactas sus fronteras y mantener el equilibrio militar con los egipcios.

Su final vino de la mano de los Pueblos del Mar, una invasión de gentes provenientes de las costas vecinas que, a finales del siglo XIII, inundó el Mediterráneo oriental, arrasando todos los reinos costeros y llegando incluso al interior de Anatolia, hacia 1190 a.C., para dar el golpe de gracia al ya decadente Imperio Hitita.

**Puerta de las esfinges de Alaja Hüyük.
Pese a ser acérrimos enemigos, las
influencias entre Hatti y Egipto, fueron
constantes como podemos
ver en las esfinges retratadas.**



Socialmente, los hattis, o hititas, tenían una estructura feudal a cuya cabeza se encontraba el rey o *Labarna*, designado por su predecesor, y regulado por ley tras el *Edicto de Telepinu*. La esposa de este tenía su propio título, *Tawananna*, que le confería un cargo y unas funciones que seguía desempeñando aún en el caso de enviudar. El monarca lo era todo: rey omnipotente, máximo legislador, primer diplomático, general en jefe de los ejércitos, sumo sacerdote y responsable del pueblo ante los dioses.

Inmediatamente por debajo de él, y compartiendo parte de su poder, estaba el heredero al trono, los miembros de la familia real y los gobernadores provinciales, que realizaban idénticas funciones que el rey pero a pequeña escala. Ocasionalmente, y dentro de este alto funcionariado, encontramos a la nobleza o clase libre de los guerreros. En cualquier caso, la familia real, los altos cargos sacerdotales, los nobles y aquellos a los que se encomendaban misiones importantes, respondían de sus actos solo ante el rey y estaban muy distantes del resto de la sociedad.

La gran mayoría de la misma estaba formada por hombres libres, tales como artesanos, comerciantes y campesinos. Bajo esta gran masa de población vivían los esclavos y los deportados. Los primeros, gozaban de ciertos derechos. Podían casarse y tener bienes pese a su situación. Ignoramos cómo se podía llegar a la esclavitud entre los hititas, pero la ley parece que tenía consignadas penas de privación de libertad y multas ante determinados delitos.

Económicamente, la inmensa mayoría del pueblo se dedicaba a la agricultura y a la ganadería, trabajando las tierras que pertenecían al rey, a los templos y a las comunidades agrícolas. Cultivaban trigo, vid, olivo y cebada, con lo que producían pan, vino y cerveza. También, pastoreaban asnos, bóvidos, ovejas, cabras, cerdos y caballos, aunque estos últimos no eran muy apreciados por los hattis.

El comercio también tuvo una importante presencia a través de la explotación de sus minas de hierro y la financiación de caravanas que importaban productos variados. Estos confluían en un *karum* o mercado donde se realizaban intercambios, se almacenaban mercancías y se regulaban los préstamos. Atención especial merece por su evolución el sistema de cambio, el cual evolucionó a lo largo del tiempo, pasando del vulgar trueque a un sistema de intercambio basado en los lingotes de plata³.

Una vez vista, muy someramente, la historia de la civilización hitita, solo nos queda valorar el interés y el atractivo que reviste su estudio. Los motivos son muy variados, sin embargo, creo que, por encima de todos los demás, debemos ponderar el significado y los resultados alcanzados por el experimento que supuso la unión de dos formas tan diferentes de entender la existencia y el mundo como fueron la indoeuropea y la semita.

No es, por tanto, una cuestión de capricho o de favoritismo comenzar este libro con el estudio de la religiosidad hitita. Más bien, es interés objetivo por la primera simbiosis cultural de alcance en la Historia, que dio como fruto una civilización original, vigorosa y receptiva a toda influencia exterior. El país de Hatti fue el enclave donde semitas e indoeuropeos se encontraron y fusionaron llevando consigo sus particulares concepciones vitales. El resultado de la suma expuesta fue el mundo hitita.

La profundización en sus creencias y espiritualidad nos mostrará, de manera especial, su peculiar forma de entender la vida y la muerte. Bienvenido, pues, a este apasionante viaje. El alma hitita nos espera desde hace 5.000 años.

CRONOLOGÍA DE LOS REYES HITITAS

REINO O IMPERIO ANTIGUO

Labarna	1650 a.C.
Hattusili I	1650-1620 a.C.
Mursil I	1620-1590 a.C.
Hantilis	1590-1560 a.C.
Zidanta I, Ammuna, Huzziya I	1560-1525 a.C.
Telepinu	1525-1500 a.C.
Alluwamna, Tahirwaili, Hantili II, Zidanta II, Huzziya II, Muwatalli I	1500-1400 a.C.

REINO O IMPERIO NUEVO

Tudhaliya III, Arnuwanda I, Hattusili II	1400-1360 a.C.
Tudhaliya III	1360-1344 a.C.
Suppiluliuma	1344-1322 a.C.
Arnuwanda II	1322-1321 a.C.
Mursil II	1321-1295 a.C.
Muwatalli II	1295-1272 a.C.
Urhi-Tesub	1271-1267 a.C.
Hattu sili III	1267-1237 a.C.
Tudhaliya IV	1237-1227 a.C.
Kurunta	1228-1227 a.C.
Tudhaliya IV	1227-1209 a.C.
Arnuwanda III	1209-1207 a.C.
Suppiluliuma II	1207 a.C. ⁴



Mapa del imperio hitita en su máximo apogeo.

LA RELIGIÓN HITITA

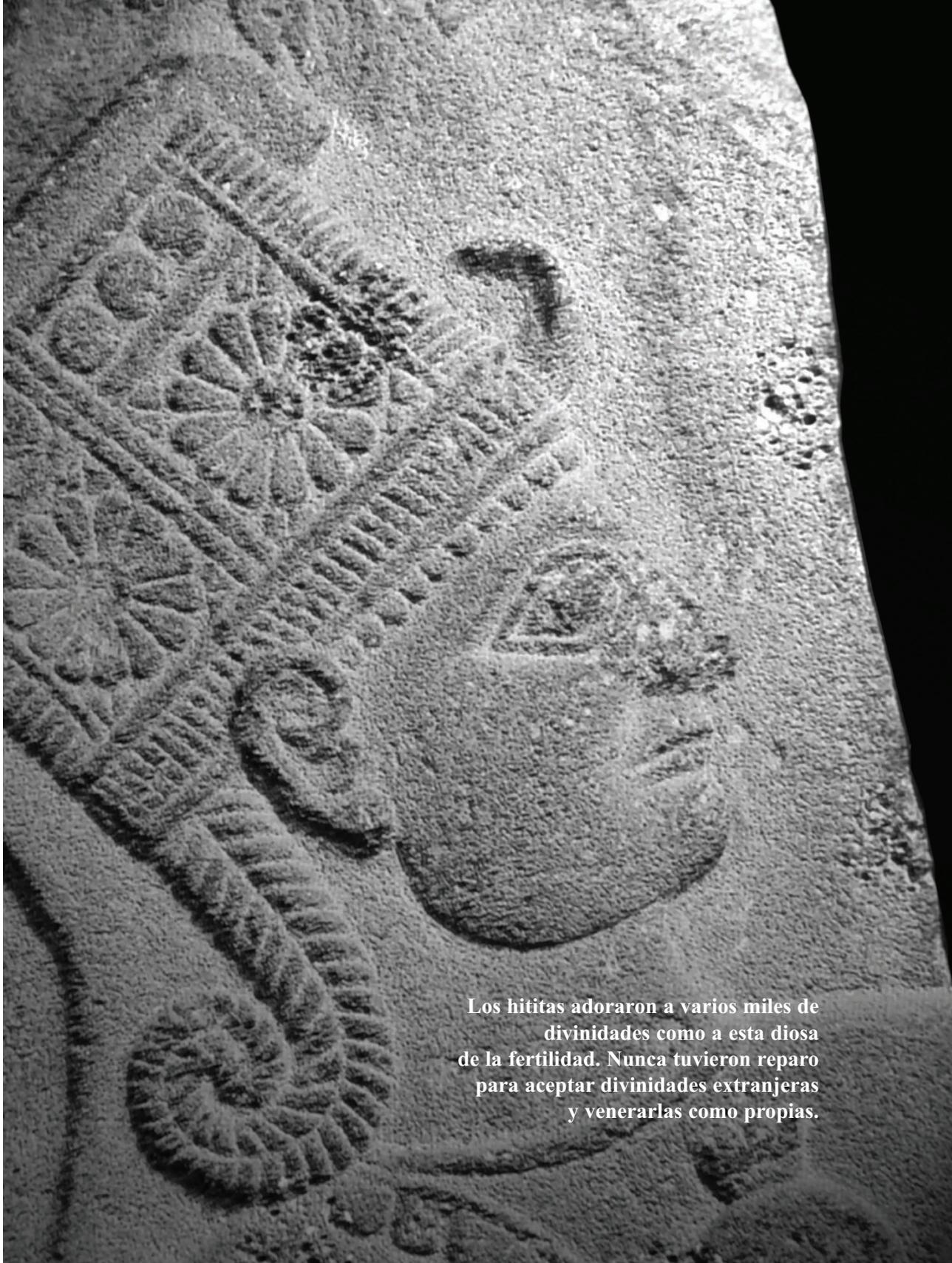
LOS MIL DIOSES DEL PAÍS DE HATTI

Si hay un rasgo que defina la religión hitita, y su idiosincrasia, es el gusto por el sincretismo. Este pueblo fue enormemente permeable a las influencias y tradiciones espirituales de otras poblaciones de su entorno. En el panteón hitita encontramos divinidades sumerio-acadias, anatólicas y hurritas. El acontecimiento que a continuación se narra puede servirnos para ilustrar y entender mejor esta actitud. En el siglo XVIII a.C., vivió Annita, monarca guerrero. El Dios de la Tempestad, el mayor entre todos ellos, le concedió la victoria sobre una ciudad cuyo dios era Shiusshummi. Annita, una vez hubo derrotado a sus enemigos, llevó la estatua del nuevo dios a su ciudad, le erigió un templo, celebró sus fiestas, realizó sacrificios en su honor y le rindió culto.

En este acontecimiento podemos observar varios aspectos importantes de la religiosidad hitita que, sin embargo, no eran novedosos, sino comunes a otras culturas del entorno. Para empezar, el monarca estaba considerado como el amado de un gran dios. Era el sumo sacerdote, pues representa a su pueblo ante las divinidades y a estas frente a su pueblo. Estaba investido de un importante prestigio y función religiosa, de ahí su papel destacado en la celebración de las fiestas estacionales y, en especial, en la del Año Nuevo. Cada ciudad tenía su deidad titular o, más bien, cada deidad tenía su ciudad, pues esta se convertía en la morada de la divinidad en torno a la que se agrupaban otras divinidades secundarias. Y por último, el templo se consideraba la casa del dios, en el cual era atendido como merecía.

Sin embargo, tanto Annita como su nación presentaban un importante rasgo original y diferenciador, ya que en vez de despreciar y destruir a la divinidad extranjera, la adoptaban como si fuese propia, en un deseo de ganar para sí los beneficios y la protección que de ella emanasen. Este dato es tremendamente significativo, más aún teniendo en cuenta que Annita estaba considerado por los hititas como el primer rey de su historia, dado que en sus acciones ya está presente el sincretismo propio de su pueblo⁵.

Efectivamente, el tono abierto de la religión hitita fue un factor de enriquecimiento y confusión para la misma y, por extensión, para todos sus fieles. El carácter ecléctico que la definió no fue exclusivo, estuvo presente también en otros cultos como el mesopotámico y el egipcio, aunque en menor medida y nunca como rasgo definitorio esencial. De hecho, entre los hititas era común referirse a su propia religión como la de «los mil dioses del país de Hatti».

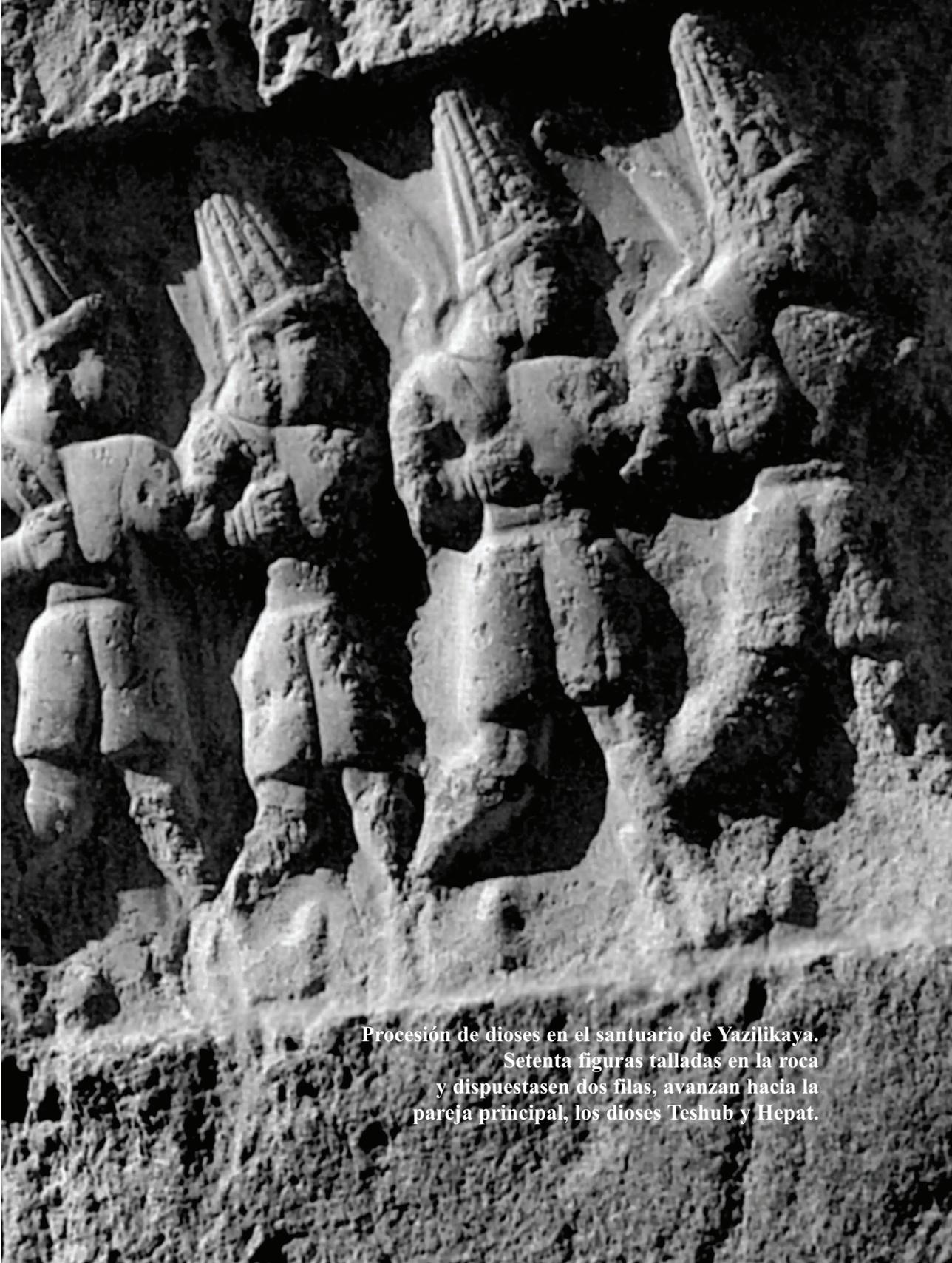


Los hititas adoraron a varios miles de divinidades como a esta diosa de la fertilidad. Nunca tuvieron reparo para aceptar divinidades extranjeras y venerarlas como propias.

Su crecimiento fue consecuencia de su propia permeabilidad y ampliación territorial, sobre todo a partir de Hattusili I, hacia 1650 a.C., cuando la expansión militar hitita sobre Siria, donde se asentaba la cultura de los hurritas, se dejó notar en la religión con la asimilación de los nuevos dioses del país conquistado. Hasta Hattusas, nueva capital hitita, se trasladaron las imágenes del dios de la tempestad de Armaruk, del dios de la tempestad de Aleppo, del dios de la montaña de Adalur y de la diosa Alalak, entre las de otros muchos dioses. Para ser atendidos como merecían, por su categoría divina, se les alojó en templos donde recibieron culto y sacrificios, a la vez que fueron asimilados como las propias del país y no recibieron un trato discriminatorio por su origen, aunque era común que el monarca mantuviera una especial devoción por alguna de ellas. En este momento concreto Hattusili lo tuvo por la diosa solar de Arinna y su política integradora de deidades, continuó gracias a la labor de sus sucesores.

El origen de los dioses hititas fue muy diverso. En primer lugar, nos encontramos con los protohititas, respetados escrupulosamente por sus conquistadores. Algunos de ellos ya aparecen citados en las tablillas asirias, y siglos más tarde aún se les daba culto en Hatti. Es el caso de Kubaba, que pervivió hasta el Karkemis neohitita del primer milenio, del que sería la diosa principal; también Inara, diosa protectora del país, que se extendió por Anatolia central como señora del Monte Sunara y protectora de la vida salvaje; y Tarhu, dios de la vegetación, adorado mil años después por el rey Warpalawa en su relieve de Ivriz. Pero aún hubo más dioses prehititas, tales como Halmashuitta, también llamado la «Santa Sede»; Shiusshummi, de origen indoeuropeo; la gran diosa celeste de la ciudad de Arinna llamada Wurunsemu, que más tarde fue identificada como la esposa de Tarhu, dios de la tempestad; la diosa Mezulla, hija de los anteriores; Telepinu, dios de la vegetación; o los dioses guerreros Wurunkatte y Sulinkatte. Todas estas divinidades anatólicas se mantuvieron siempre dentro de la fe de los hititas, que siguieron adorándolas siglos después de su aparición. Pero no terminan aquí los orígenes de su panteón. De la tierra de Canaán llegó el dios Irsapa de Ugarit, protector de los comerciantes; dioses sumerios como Anu, Antu, Enlil; dioses luvitas de la tempestad como Tarhunt; o el dios solar, Tiwat, y Arma, dios de la luna.

Ante semejante cúmulo de dioses, multiplicación de los mismos, superposición de unos sobre otros o suplantación de funciones, llegó a darse un proceso natural de armonización y simplificación. Esta dinámica se vivió realmente como una necesidad entre los monarcas de época imperial, aplicándose intensamente en la misma los reyes Hattusili III y Pudu-



Procesión de dioses en el santuario de Yazılıkaya.
Setenta figuras talladas en la roca
y dispuestas en dos filas, avanzan hacia la
pareja principal, los dioses Teshub y Hepat.

hepa. Así, Wurunsemu, diosa solar de Arinna, se asimiló con Hepat. Los múltiples dioses de la tormenta con Tesub, los dioses guerreros de los hattis, se convirtieron en el Ugur de Nuzi. Aún así, fueron numerosísimos los resultantes, quedando plasmados muchos de ellos en la procesión pétreo del santuario de Yazilikaya⁶.

Si por un momento hacemos un alto en el camino y volvemos la vista hacia nuestros días podemos pensar que, actualmente, no se dan estos procesos de acumulación y sincretismo de dioses en ninguna de las religiones vivas que conocemos. Sin embargo, a la hora de redactar este capítulo, no pude evitar recordar la experiencia que tuve en Cuba hace ya unos cuatro años. Durante un mes estuve con un grupo de amigos realizando labores de animación social en un centro de la «Habana Vieja» y, gracias a esa vivencia, conocí un compendio de creencias similares a las hititas en lo que actualmente se denomina *santería*.

Todos los días, observábamos en una iglesia la presencia de hombres y mujeres vestidos con ropas de un impecable color blanco que, lejos de participar en el culto religioso católico que allí se celebraba, paseaban dentro del templo, parándose ante ciertas imágenes y realizando determinados gestos a la vez que recitaban oraciones. Nuestra curiosidad nos llevó a preguntar al párroco de qué se trataba aquello, y este nos respondió: — *ah, muy sencillo, son fieles de la santería y vienen a ver a Obatalá*—. Si el lector no identifica la santería, le será más fácil de reconocer si le digo que es el culto dentro de cuyos ritos se encuentra el vudú, aunque no todas las formas de santería son iguales.

El bueno de Miguel Ángel, que así se llamaba el párroco, nos explicó que la santería es una mezcla de ritos africanos y cristianos. Cuando llegaron los primeros esclavos africanos a Cuba, para trabajar en las plantaciones, los hacendados españoles les obligaron a bautizarse sin formación previa alguna, por lo que nunca perdieron sus creencias originales. Ignorantes de todo lo que el cristianismo suponía, seguían practicando sus ritos originarios aunque de forma arriesgada ya que, si eran descubiertos por los capataces, eran castigados con dureza. Eso les llevó al sincretismo. Dieron a las imágenes de santos, vírgenes y cristos españoles, nombres de dioses africanos y los identificaron con esas esculturas, así, si eran sorprendidos rezando o celebrando ceremonias frente a estos iconos cristianos, los amos no sospecharían nada. Y así nació la santería. Obatalá es la mismísima Virgen de La Merced, sus vestidos blancos son una imitación de los que lleva la propia imagen y, los fieles, tras unos ritos iniciales, reciben una especie de bautismo que les introduce en el exótico mundo de este culto afrocubano.

De cualquier manera, en Cuba hay cristianos convencidos y firmes en sus creencias, depuradas de todo residuo africano, aunque no faltan ejemplos de lo contrario. Para algunos cubanos la religión es una mezcla de ritos y credos de diversa procedencia que, lejos de plantear a los creyentes dilemas sobre la validez de su fe, les hacen creer que gozan de la protección de más de un dios. Recuerdo perfectamente que al visitar en sus casas a algunos vecinos de la parroquia, cristianos reconocidos y habituales en la misa de los domingos, nos encontrábamos en ellas junto a estampas o imágenes de Jesús, altarcillos con ídolos, vasos llenos de agua para ahuyentar malos espíritus, ofrendas, amuletos y otros elementos procedentes de la santería. Para ellos no existe contradicción, tanto Cristo como Obatalá sirven para proteger la casa y atraer a ella todo tipo de parabienes. En fin, con ciertas diferencias y salvando las distancias, pero muy similar en el fondo de la cuestión, tenemos, en pleno siglo XXI, un ejemplo de la actitud que los hititas mantenían hacia los dioses extranjeros.

La pareja principal de divinidades la constituyeron el dios de la tormenta y la gran diosa. El primero de estos, *Teshub*, monarca de los dioses, señor del país y protector del rey, estaba casado con *Hepat*. Sus animales sagrados eran el toro y el león, respectivamente. Sus hijos tenían un papel destacado. El primero de ellos era el dios del sol, el cual estaba representado bajo tres advocaciones: el dios del sol del cielo, defensor del derecho y de la justicia; el dios del sol de la tierra; y el dios del sol del agua⁷. El segundo era *Telepinu*, protagonista del más importante mito hitita al que luego dedicaremos la atención que merece⁸. La gran diosa madre, por su parte, no era sino una divinidad relacionada con la idea de las fuerzas productivas de la naturaleza.

Como el lector habrá podido observar, los dioses estudiados tienen apelativos muy primitivos, ligados a la fecundidad y a los elementos meteorológicos. De hecho, se remontan hasta la época de las tribus, que dejó su huella sobre las leyendas religiosas y la literatura. De ahí su devoción por la gran diosa madre, la cual hizo su aparición entre los clanes a la par que el dios del Trueno y del Relámpago, y que representó a las fuerzas de la fertilidad de la tierra, fecundada por la lluvia que venía del cielo y de la propia tormenta⁹. Sin embargo, y como toda religión viva, evolucionó ya que, mientras que en el Reino Antiguo predominaron los dioses de los hatti, a cuya cabeza se encontraba el ya citado dios de la tempestad, durante el Imperio Nuevo, allá por el siglo XIV a.C., y por influencia del Egipto de Akhenatón, la divinidad solar pasó a ocupar un lugar preponderante personificándose en la diosa del sol de Arinna.

Carro de guerra hitita. Las contiendas fueron un medio fundamental para este pueblo de ensanchar su imperio y engrosar su panteón, repleto de dioses de reinos vencidos.



Pese a todo lo expuesto hasta aquí, es necesario reconocer que el estado hitita no se encontraba unido por una religión única, coexistían muchas religiones mezcladas e innumerables cultos nacionales y locales. Ciertamente es que existía un credo mayoritario, que es aquel al que nos hemos referido, sin embargo, ya hemos visto que los hititas eran muy tolerantes en materia religiosa, lo cual parece un principio sensato desde el punto de vista político, pero muy discutible y problemático desde el punto de vista cultural, porque la diversidad de creencias en un mismo país constituye un estorbo a la afirmación de un mismo sentir y de una misma estructura espiritual homogénea¹⁰.

Igualmente, antes de cerrar este punto, es preciso observar que, al aventurarnos a hablar de la compleja y sofisticada religión hitita, la información de la que disponemos está muy condicionada por el tipo de fuentes con las que contamos. Los aspectos religiosos que conocemos y los datos que se nos ofrecen proceden, sobre todo, de los archivos de Hattusas y, en concreto, del último de los siglos de su historia. La mayor parte de los textos que han llegado hasta nosotros son de culto público y carácter oficial, establecido por el estado. En ellos destaca, sobre todo, la omnipresente figura del rey e ignorando por tanto, otros muchos rasgos de su vertiente privada, popular o campesina¹¹. Así pues, el estudio de la religión hitita es incompleto además de complicado ya que, a la escasez de fuentes de las que disponemos, hemos de sumar el que, al ser una religión ecléctica, en ocasiones emplea diferentes nombres para referirse a una misma divinidad, dificultando aún más si cabe la comprensión de los escritos.

EL ORIGEN DEL UNIVERSO, UNA LUCHA CRUEL Y SALVAJE

Los mitos han tenido a lo largo de la historia una función trascendental. Todas las culturas han producido los suyos con el fin de dar respuesta a las cuestiones fundamentales para las que no tenían solución. Así, ante las preguntas por el origen del mundo, el sentido de la vida, el destino de los hombres, el origen del mal, etc. creaban historias que habitualmente achacaban a los dioses o a episodios del pasado, las respuestas que existían y la realidad que vivían. Solían ser fábulas de tiempos remotos, cargadas de ingenuidad, fantasía y hasta enseñanzas en las que, ocasionalmente, el hombre convivía con los dioses, hasta que esa coexistencia se rompía. El origen de estas respuestas hay que buscarlo en las tradiciones y leyendas gestadas por el pueblo o por las castas religiosas. Su importancia va

mucho más allá de lo meramente cultural, ya que en ellos se nos presenta al hombre de su tiempo y las soluciones adoptadas por este para responder a las inquietudes más profundas de su alma. A la vez, se nos revela su propio espíritu y concepción de la existencia, ligada siempre a las experiencias vividas y a la reflexión sobre las mismas. De ahí su importancia y el respeto que merecen pues, aunque primitivos e ingenuos, los mitos son profundamente humanos.

En cuanto al origen de los dioses, el mundo y la vida para los hititas estaba poderosamente marcado por la figura de *Kumarbi*, el padre de todas las divinidades. Su historia está caracterizada por un primitivismo atroz, tal y como veremos a continuación. Los documentos literarios en los que aparece recogida la teogonía hitita fueron hallados en Hattusas, y traducidos de la lengua hurrita al hitita en torno a 1300 a.C. En ellos encontramos también elementos foráneos, en concreto sumerios y babilónicos, como los nombres de algunas de las deidades.

Kumarbi era padre de los dioses. En un primer momento, el relato nos lo presenta en el cielo, junto con su familia y sucesión. *Alalu* era el monarca divino y *Anu* el más poderoso de entre sus semejantes, aunque de poco le servía su poder ya que servía a *Alalu*. Tras nueve años bajo su mandato, *Anu* atacó a su rey y le venció, refugiándose este en el mundo subterráneo. *Kumarbi*, entonces, pasó a servir al nuevo monarca hasta que, a los nueve años, atacó a su vez a *Anu*, que huyó volando hacia el cielo. Perseguido por *Kumarbi*, fue zarandeado, golpeado y mordido en los genitales por este. *Anu* advirtió al atacante que había quedado preñado por su acto e, inmediatamente, y aunque *Kumarbi* escupió los genitales de *Anu*, una parte de su potencia creadora entró en su cuerpo y quedó en estado de tres dioses. El texto está interrumpido en este punto, sin embargo, parece claro que el hijo de *Anu*, *Teshub*, el dios de la tormenta, declaró la guerra a *Kumarbi* y lo destruyó, quedando el dios de la tempestad como señor del orbe.

La segunda parte es la denominada *Canto de Ullikummi*, que relata los esfuerzos de *Kumarbi* por recuperar su lugar en la jerarquía divina. *Kumarbi*, consciente de su debilidad, necesitaba de un aliado capaz de tal hazaña y, para ello, creó al gigante de piedra *Ullikummi*, impregnando de semen una roca. Este gigante fue creado a espaldas de otro de su misma especie, el gigante *Upelluri*, que soportaba el cielo y la tierra. *Teshub*, finalmente se vio obligado a enfrentarse al gigante de piedra, siendo derrotado. El coloso amenazaba con destruir a la humanidad entera y los dioses, alarmados, se reunieron y recurrieron a *Ea*, que pidió información y consejo al gigante *Upelluri*. Entonces, *Ea* reunió a los dioses pidiéndoles que buscasen en sus almacenes el cuchillo con el que se había separado el

cielo de la tierra. Encontrado este, se usó para cortar los pies al gigante de diorita, Ullikummi, que finalmente fue vencido por Teshub.

Aunque puedan parecer narraciones arcaicas y brutales, lo cierto es que encierran un sentido más profundo del que a primera vista pueda parecer. Estos relatos describían la lucha entre dioses por la soberanía del mundo, exaltando al vencedor y explicando la estructura y el orden del orbe tal y como se conocía. Su primitivismo y crueldad es feroz, fruto seguramente de las propias circunstancias vitales que el Imperio Hitita vivía, lo cual le llevó a imaginar una teogonía fruto de una serie de enfrentamientos extremadamente duros y sangrientos. Por otra parte, el papel del hombre resalta por su ausencia. No es de extrañar, ya que se le consideraba insignificante en comparación a los dioses que, como creadores del mundo, habían generado un entorno hostil del que, el propio ser humano, había de protegerse.

EL MITO DE LA SERPIENTE ILLUJANKA

Un mito que gozó de gran popularidad fue el de *La Serpiente Illujanka*. La historia empieza con el combate entre esta y el dios de la tormenta. Contra todo pronóstico, este fue derrotado y se retiró esperando una mejor ocasión para terminar con su enemigo. Tras mucho cavilar, no encontró más solución que suplicar la ayuda de otros dioses, e incluso de un mortal, que le ayudasen en su lucha. *Hupasija*, que así se llamaba el hombre, aceptó prestarle su apoyo con la condición que la diosa Inar se acostara con él. Esta aceptó. Una vez trazado el plan, la serpiente fue invitada a cenar por la diosa, comió y bebió hasta estar saciada e hinchada de tal modo que no pudo penetrar en su escondrijo, entonces, *Hupasija* la ató fuertemente. El dios de la tormenta apareció y dio muerte al indefenso animal.

El día que el dios de la Tempestad y la Serpiente Illujanka se enfrentaron en la ciudad de Kiskilusa, la Serpiente Illujanka ofendió al dios de la Tempestad.

El dios de la Tempestad presentó sus quejas ante las divinidades: ¡Castigadla!, pidió como cierre de sus palabras. Después, Inar celebró una fiesta.

Lo organizó todo sin descuidar ni un solo detalle. Se cuidó de llenar a reborar los vasos de vino, especialmente el vaso marnuwan, el vaso walki, los vasos de (...)

Inar viajó a la ciudad de Zigaretta y encontró a un hombre llamado Hupasija, al que dijo:

- He aquí que yo he hecho esto y aquello. Pero tú sigue a mi lado.

Hupasija contestó a Inar:

- Si me permites acostarme contigo, te acompañaré y actuaré según tu deseo.

Y se acostó con ella.

Inar se vistió con sus mejores galas; después, invocó a la Serpiente Illujanka, que estaba en su agujero:

- Voy a celebrar una fiesta. Ven al banquete y te serviré la mejor bebida.

La Serpiente Illujanka llegó allí acompañada de sus hijos. Comieron y bebieron, hasta vaciar todos los vasos. Apagaron bien su sed.

Pero ya no pudieron regresar a su agujero. Entonces apareció Hupasija y ató a la Serpiente Illujanka con una cuerda.

Apareció el dios de la Tempestad y mató a la Serpiente Illujanka, y las divinidades le acompañaron en su camino de regreso.

Inar construyó una casa sobre una roca en el país de Tarukka. Finalmente se la entregó a Hupasija. Pero le ordenó lo siguiente: -¡Salud! Ahora voy a marcharme. No mires por la ventana. Si lo hicieras, verías a tu mujer y a tus hijos-

Transcurridos unos veinte días, Hupasija empujó las maderas de la ventana y contempló a su mujer y a sus hijos.

Cuando Inar regresó dijo a Hupasija:

- Nunca debiste abrir la ventana. Porque me desobedeciste has de ser castigado con la muerte. Esto fue lo que hizo. Seguidamente, destruyó la casa. Allí, el dios de la Tempestad sembró zahheli, planta que hoy día anuncia un penoso destino.

Mito de la Serpiente Illujanka

El sacerdote *Kella* fue el redactor de este mito en la versión que acabamos de ofrecer, la más antigua de las que disponemos. Así era el texto que se recitaba durante la Fiesta de Año Nuevo, la festividad de *purulli*. La victoria del dios aseguraba la prosperidad sobre todo el país, ya que el gobierno del dragón simbolizaba el reinado del caos, la oscuridad, el mal y la muerte. Además de esta, tenemos recogida otra transcripción más reciente, del siglo XIII a.C., que modifica parte de la historia, aunque el desenlace final supone igualmente la muerte de la serpiente y del hombre¹².

La enseñanza que se oculta tras el mito, a la vez que este explica la causa de la muerte humana. Estrechamente conectado con otras leyendas de origen oriental, sin ir más lejos con la de Adán y Eva, el mito se fundamenta sobre la prohibición que la divinidad hace a los mortales de realizar tal o cual acto. En este caso, mirar por la ventana y, en el caso de Adán y Eva, comer del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal. En ambos relatos la prohibición y la tentación es la misma, si desobedecen se convertirán en dioses, alcanzarán una categoría divina, pues tendrán acceso a poderes que solo los inmortales tienen. El asunto de fondo es la libertad humana. El hombre es un ser libre por excelencia, libre incluso para negarse a lo que la divinidad le ordena por su propio bien. Los dioses dicen lo que está bien o mal, los hombres obedecen o desobedecen ejerciendo su libertad y su derecho a acertar o a errar, aunque esto último les traiga grandes males como la muerte.

EL MITO DE TELEPINU O LA IRRACIONALIDAD DESTRUCTIVA DEL HOMBRE

El mito hitita más famoso es el de Telepinu, dios de origen hattí, hijo del dios de la tormenta, que se ausenta del mundo debido, seguramente, a una ofensa recibida de los mortales. Al instante, gran número de calamidades comienzan a asolar la Tierra.

El día que Telepinu desapareció, se apagó la leña en los hogares. Se extinguieron los dioses de los templos, se ahogó el ganado menor en los corrales, se asfixió el ganado mayor en los establos. La oveja abandonó al cordero y la vaca desamparó al becerro. También Telepinu al desaparecer se llevó las cosechas de grano de los campos. Dejaron de madurar la cebada y el trigo, ya no se emparejaron el ganado mayor ni el menor, ni tampoco lo hicieron los seres humanos. Las hembras se quedaron estériles. Se secaron los árboles, de tal manera que no aparecieron nuevos brotes; se abrasaron los pastos; se quedaron sin agua las fuentes. Se extendió el hambre por el país, de tal manera que los hombres y los dioses perecían de hambre. El gran dios Sol organizó una fiesta, convidó a las mil divinidades; comieron y no se saciaron, y bebieron y no apagaron la sed.

Mito de Telepinu

El dios del sol, alarmado por las calamidades que se habían desatado, envió a sus mensajeros para a localizar y encontrar a Telepinu. Primero envió al águila y, después, al mismísimo dios de la tormenta. Ante el fracaso de estos dos, finalmente la diosa madre envió a la abeja, que encontrando al dios dormido en un bosque, le hincó el agujón para despertarlo. Telepinu, furioso, desató su ira sobre el país provocando graves calamidades para mortales e inmortales. Unos y otros recurrieron a la magia y a las ceremonias para calmarlo hasta que, apaciguado de una vez por todas, la vida recobró sus ritmos normales.

El mito de Telepinu parece caprichoso y vulgar, sin embargo, va más allá de lo que en principio pudiera creerse. No es este el típico dios de la vegetación oriental, que desaparece o reaparece coincidiendo con los ciclos naturales, la llegada del otoño y de la primavera. No hay muerte y resurrección del dios sino ocultamiento y descubrimiento, y su rasgo más característico es su incontenible ira que destruye cuanto alcanza. Esta es irracional, un dios de la fecundidad contra su propia creación, contra la vida en todas sus formas. Para los hititas, la enseñanza que se obtiene de este mito es sencilla pero profunda. Hace referencia a uno de los misterios más grandes de la vida humana, la irracional capacidad de destrucción que tienen de todo lo creado sus propios creadores, no solo los dioses sino también los hombres¹³.

EL HOMBRE, HIJO DE UN CIEGO DESTINO

Para el hitita no cabía esperar mucho de la vida y aún menos de la muerte. El único que podía tener esperanzas de gozar de algo mejor era el monarca, ya que en el momento de morir pasaba a convertirse en un dios. Pese a que no hemos encontrado edificaciones que puedan ser identificadas claramente con tumbas reales, conocemos perfectamente el ritual de incineración de un rey.

Las ceremonias del funeral real duraban 14 días. El cadáver se colocaba encima de una pira funeraria que se encendía. Al pie de la misma se realizaban sacrificios y ofrendas. Los siguientes días aparecen en una tablilla fragmentada que apareció en 1936:

En el segundo día, nada más que hay luz, las mujeres se encaminan a la pira para recoger los huesos. Terminarán de apagar las últimas brasas del fuego con diez jarras de cerveza, diez jarras de vino y diez jarras de Walhi.

Enseguida se llena de aceite refinado un jarrón de plata de media mina y veinte siclos de peso. Buscan los huesos con pinzas de plata y los echan en el aceite refinado del jarrón de plata, después los extraen del aceite refinado y los extienden sobre un gazarnulli de lino debajo del cual se ha colocado un vestido fino.

Y, en el momento en el que se ha terminado de recoger los huesos, los envuelven junto con el tejido de lino en el vestido fino y los dejan encima de una silla; pero si han pertenecido a una mujer los colocan en un taburete.

Alrededor del lugar de la pira donde se ha quemado el cadáver dejan doce hogazas, y sobre estas ponen pastel de sebo. El fuego ya ha sido apagado con cerveza y vino. Delante de la silla en la que se encuentran los huesos colocan una mesa y ofrecen una hogazas calientes, hogazas [...], y hogazas dulces para romper. Los cocineros y los hombres de mesa ponen los platos a la primera oportunidad y, poco después, los retiran. Y ofrecen comida para que la compartan todos los que han venido a recoger los huesos.

Fragmento de la descripción de los funerales reales

Tras estas ceremonias y otros ritos, la maga o *hasawa* realizaba unos ritos y los restos se trasladaban a la cámara funeraria en la que descansaba. Los funerales aún se prolongaban 12 días más.

El alma del monarca difunto hacía su tránsito hasta el lugar que los dioses le tenían reservado entre ellos como un igual, rasgo completamente original en el mundo oriental y exclusivamente hitita. Su alma era tomada de la mano y guiada por la diosa madre, la diosa solar de la tierra, hasta los prados celestes, donde apacentaría los rebaños del dios solar junto a Hapan-talli. El lugar era fabuloso. Una ciudad cuajada de templos, habitado cada uno de ellos por su propio dios. De cuando en cuando, los dioses se reunían en consejo a la sombra de un árbol místico, mientras que en los campos que rodeaban sus moradas pacían los rebaños divinos. Sin duda, esta concepción del cielo y de la vida en el más allá es única en todo Oriente Próximo. La mentalidad de los pueblos circundantes es mucho más pesimista, ya que no gozan de la herencia indoeuropea propia de los hititas.

Para el común de los mortales la última morada no era un lugar tan gratificante. Ellos iban a la Tierra Negra o a los infiernos, lugar donde el dios de la tormenta había apartado a los dioses antiguos. Estos formaban la corte de la diosa solar de la tierra, reina de este mundo oscuro. Dos diosas infernales la acompañaban en el trono, trenzando los años de vida del rey. La Tierra Negra era una ciudad amurallada en cuyo centro se encontraban

dos calderos de bronce sobre el fuego eterno que ardía sin parar. En ellos se consumía el mal. De este lugar no había escapatoria, pues solo la diosa sabía abrir las siete puertas del infierno en el que las almas de los muertos solo eran sombras sin vida ni esperanza¹⁴.

TEMPLOS, SACERDOTES Y FIESTAS EN EL PAÍS DE HATTI

La mayor parte de los templos hititas encontrados, lo han sido en la capital de su imperio, en la ciudad de Hattusas. Esta urbe se asentaba sobre una meseta rocosa cerca de la actual población turca de Bogazköy. Bien edificada, aún hoy deja entrever en sus edificaciones el carácter defensivo del emplazamiento y de la propia ciudad, ceñida por dos líneas de murallas erizadas de torres. En caso de sitio, existía un túnel de casi 70 metros que discurría bajo estas obras defensivas y salía tras las tropas enemigas, de modo que pudieran ser sorprendidas.

Los templos encontrados han sido unos siete, aunque las fuentes hablan por lo menos del doble. Estos se dividían en dos tipos, los *Karimmi* o edificios sagrados y las *Siunas pir/parna* o casas de los dioses. También existían variantes formadas por recintos sagrados al aire libre.

La complejidad de los mismos era grande, además no conocemos sus antecedentes arquitectónicos y no tienen un plano uniforme que nos permita establecer un modelo tipo. Pese a esta variedad todos poseen unos rasgos comunes como son: una entrada; un patio, en el centro del cual se encontraba un estanque que servía para la purificación, acto esencial en el culto hitita; una sala de culto; y la *sanctasantorum*, donde se hallaba la imagen del dios.

A esta última sala solo tenían acceso unos pocos privilegiados, como los altos cargos sacerdotales y políticos del país. Este era el lugar donde se realizaban los ritos sagrados, tales como alimentar, vestir y entretener al dios, y las ceremonias más reservadas, todas ellas frente a la imagen de la divinidad. Estas acciones se repetían a diario, pues el dios precisaba de atenciones cada día. Al amanecer, la imagen del dios, poseída por su espíritu según sus creencias, era despertada con cantos, aseada y alimentada como si de un hombre se tratara. El alimento no era ingerido por la imagen, pero los sacerdotes creían que el dios que la habitaba extraía del mismo el valor nutritivo que tenía.

Aunque sí que se han descubierto y excavado cierto número de templos, no se han encontrado demasiadas imágenes de dioses, debido seguramente a los ricos materiales con que se realizaron, lo cual debió

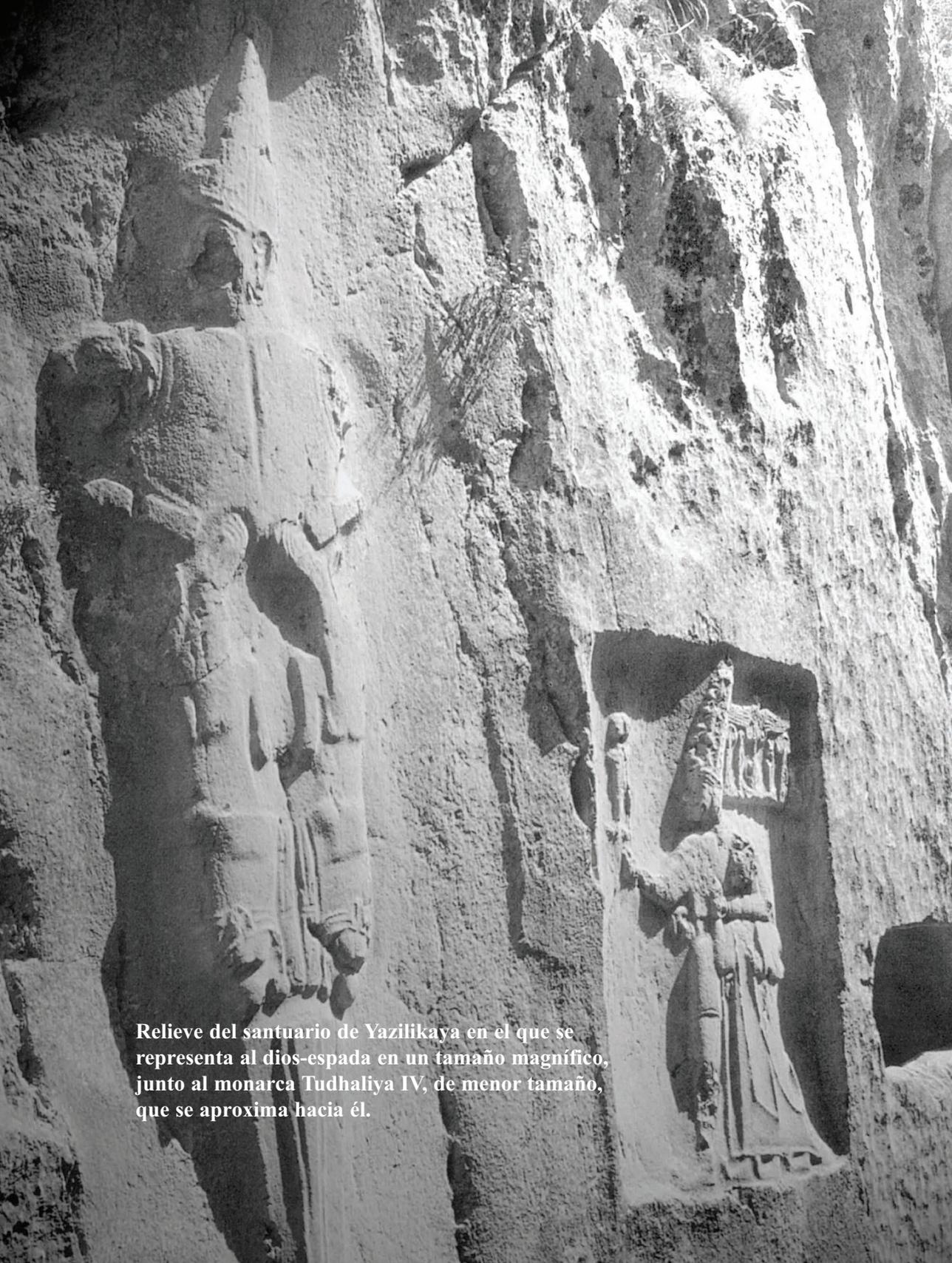
resultar tentador para los ladrones. Este debió ser el destino final de la estatua del dios de la tempestad, que estaba realizada en oro.

La base del templo se levantaba sobre una base de piedras y solía ocupar de 200 a 500 metros cuadrados. El más importante de todos los excavados se encontró en la ciudad baja. Es el conocido como Templo I de Hattusas, dedicado a la diosa solar de la tierra. Esta edificación tenía una estructura casi defensiva, ya que se encontraba cercada y protegida por un espeso cinturón de construcciones secundarias como almacenes, cocinas, talleres, archivos... Aunque no era raro trabajar con madera y adobe enlucido, el templo se realizó a partir de bloques de piedra. El aparatoso entramado de construcciones que lo circundaban no es extraño si tenemos en cuenta que cada santuario también era una unidad económica de primer orden, ya que tenía, jardines, rebaños, tierras, tributos...

El resto de templos excavados en la capital se han encontrado en la ciudad alta, han mostrado un plano diferente al mayor de ellos, el denominado número I, y no presentan el cinturón de edificaciones que aislaban a este del resto de la urbe.

El santuario más impresionante y original es el de Yazilikaya, a 2 kilómetros al noreste de la capital del Imperio. Debió realizarse hacia 1250 a.C. Aprovechando una formación rocosa, se realizaron edificaciones tales como patios, altares y capillas, que cerraban la pared de piedra. Sobre esta, se realizó una impresionante labor de talla de 70 figuras divinas en procesión que convergen desde dos puntos en el muro del fondo. Por la derecha vienen las diosas, mientras que los dioses lo hacen por la izquierda. En la escena central se desarrolla el encuentro del dios Teshub, que llega caminando sobre las montañas, y de la diosa Hapat, que lo hace sobre una pantera. Todos están ataviados con gorros puntiagudos, distintivo propio de los dioses. Como dato curioso, reseñar que en la escena aparece también un rey deificado tras su muerte. Se piensa que el conjunto fue tallado durante los reinados de Mutalu y Mursil II. La zona estuvo revestida, sin lugar a dudas, de un carácter claramente sagrado e incluso funerario, ya que el último de los edificios realizados da acceso a una garganta, en la que se hicieron enterrar monarcas hititas como Tudhaliya IV. Es muy posible que en este mismo lugar se les diese culto¹⁵.

Para adentrarnos en el mundo de los sacerdotes, hemos de empezar estudiando la figura del rey, considerado como el primero de todos ellos. Todos sabemos que no solo ejercía funciones políticas, militares y judiciales sino también religiosas. Como sumo sacerdote, estaba revestido de un carácter especial, ya que el país se consideraba propiedad del dios de la tormenta, el cual había delegado en el monarca para su administración y



Relieve del santuario de Yazilikaya en el que se representa al dios-espada en un tamaño magnífico, junto al monarca Tudhaliya IV, de menor tamaño, que se aproxima hacia él.

gobierno. De ahí que fuera el primero de los sacerdotes, el vicario de los dioses y el amado del gran dios. Este favoritismo divino podía cambiar según el soberano del que se tratase, Anitta era el favorito del dios de la tempestad celeste mientras que Hattusili I lo era del dios del Sol.

Esta labor religiosa era fundamental para el país, como lo prueba el hecho de que, en la mayor parte de las representaciones que han llegado hasta nosotros, el monarca aparezca ataviado de sacerdote, adorando a una imagen divina. En Alaja Hüyük, el rey aparece revestido de gran sacerdote rindiendo culto frente a la imagen de un toro que personificaba al dios del tiempo atmosférico.

Como respuesta a este carácter sagrado, el soberano estaba sujeto a múltiples obligaciones. Su papel era esencial en todas las ceremonias religiosas y festividades importantes, no pudiendo ausentarse de las mismas. En caso de no poder asistir no se celebraban y, por tanto, había de presidirlas aún estando en plena campaña militar. El monarca no era un dios entre los vivos, o sea, no se le consideraba una divinidad en la tierra, pero al morir era divinizado y su estatua se colocaba en el templo. Según las creencias religiosas hititas, su alma era llevada junto con los demás dioses y sus sucesores debían darle culto.

El objetivo final que perseguían las ceremonias que realizaba el rey era el de atraer las bondades y bendiciones de los dioses para su pueblo. Curiosamente, los ritos y oraciones debían ser escuchados y atendidos por los dioses, que estaban obligados a prestar atención y a ejercer la misericordia y la justicia. Si las calamidades sobrevenían al país, se debía a que el monarca había irritado a la divinidad con sus pecados pero, del mismo modo, se admitía la oración de arrepentimiento y la contrición que tanto agradaba a las divinidades. Este fue el caso de Mursil II, del cual nos ha llegado una sentida oración en la que pedía perdón:

Es cierto que el hombre tiene inclinación al pecado. Mi padre pecó y conculcó las órdenes del dios de las tormentas de Hatti, pero yo, ¡yo no he pecado! Pero no es menos cierto que la falta del padre recae sobre el hijo. Sobre mí pues ha recaído el pecado de mi padre... pero como he reconocido su falta, que el espíritu del dios de las tormentas de Hatti se aplaque.

Oración penitencial de Mursil II

En las provincias, el papel de sumo sacerdote lo hacían los gobernadores en representación del rey, debiendo velar por la ejecución de los ritos, el mantenimiento de los cultos y el cumplimiento de las tradiciones.



**Sello real del monarca Tarkondemos.
El rey como sumo sacerdote, había recibido
de Teshub, el dios de la tormenta,
el país para su gobierno y administración.**

Bajo su control había un cuerpo sacerdotal especializado, dividido en alto y bajo clero. Su función esencial era la de atender a la imagen del dios y su número era elevado. A partir de una tablilla, se han podido reconstruir las cifras de servidores de un templo que constaba de: 18 sacerdotes; 29 mujeres *katra*; 19 escribas; 33 escribas sobre madera; y 35 sacerdotes cantores, entre otros. Los sacerdotes más elevados en la escala recibían el nombre de *sankunnis*.

Las normas para entrar en el clero no eran muy rigurosas. Salvo algunas prescripciones como no tener grandes defectos físicos o mutilaciones, y ser puros y limpios, no había mayores impedimentos. Aunque sí que los había para atender a la divinidad y mantener sin impureza la relación con ella. Los sacerdotes encargados de atender a la estatua del dios debían velar por que no se vistiera a la imagen con ropas ya usadas o deterioradas. A esta nunca debía faltarle su alimento diario, que consistía en un pan roto y en una libación de una bebida fermentada. La preparación de estas viandas debían realizarla sacerdotes bien aseados, con uñas y trajes impecables. Así mismo, se abstendrían de preparar la comida en presencia de animales vivos, y era un sacrilegio apropiarse de la comida del dios, de parte de ella, o equivocar la comida de cada divinidad. Si había demasiados alimentos en el templo, el clero podía llevar a su casa, como mucho, para tres días, pero nunca facilitar el paso a nadie para comer en el santuario. Las sanciones a las que el clero se enfrentaba si contravenía estas normas eran terribles:

Si un servidor irrita a su amo, se le mata y se le mutila la nariz, los ojos o las orejas, o bien se le hace a él, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, a sus aliados, a sus aliadas; a toda la familia, varón o hembra. Se le insulta, no se le aprecia ya. Y si alguna vez muere, no es solo él quien muere, sino que su familia está incluida con él.

Si alguien injuria al espíritu de la divinidad, ¿le castigará la divinidad a él solo por ello? ¿No castigará a su mujer, a sus hijos, a sus descendientes, a su familia, a sus esclavos de uno u otro sexo, a su ganado mayor y menor, a sus cosechas; no lo destruirá por completo? En vuestro propio interés, permaneced, pues, con el mayor temor en relación con la palabra divina.

Castigos por la impiedad

Los sacerdotes no tenían por qué vivir en el templo, ni ser célibes, pero no podían hacer uso del matrimonio durante su estancia en el mismo ya que, el trato con la mujer, contaminaba al presbítero hasta que tomase un

baño¹⁶. En el transcurso de las festividades, debían dormir junto con las imágenes de los dioses, y evitar todo contacto con sus esposas bajo pena de expulsión del cuerpo sacerdotal y su reducción a la esclavitud. A la hora de realizar cualquier tipo de rito, debían haberse purificado previamente e ir limpios y perfectamente vestidos, como manifestación de esta pureza.

Su momento culminante llegaba con la celebración de las festividades más importantes, la mayor parte de las cuales estaban relacionadas con la llegada de las estaciones del año, especialmente otoño y primavera. Algunas de ellas eran un préstamo evidente de sus pueblos vecinos. En general, tenían un sentido agrícola preparatorio, suplicatorio y una clara función económica y social. Su objetivo era lograr que la tierra fuese fértil, que los frutos fuesen bendecidos antes de ser recogidos o que se evitasen las plagas y desgracias del campo. Muy populares fueron los festivales de otoño, que duraban unos 21 días, y los de primavera, que se prolongaban a lo largo de 38 días.

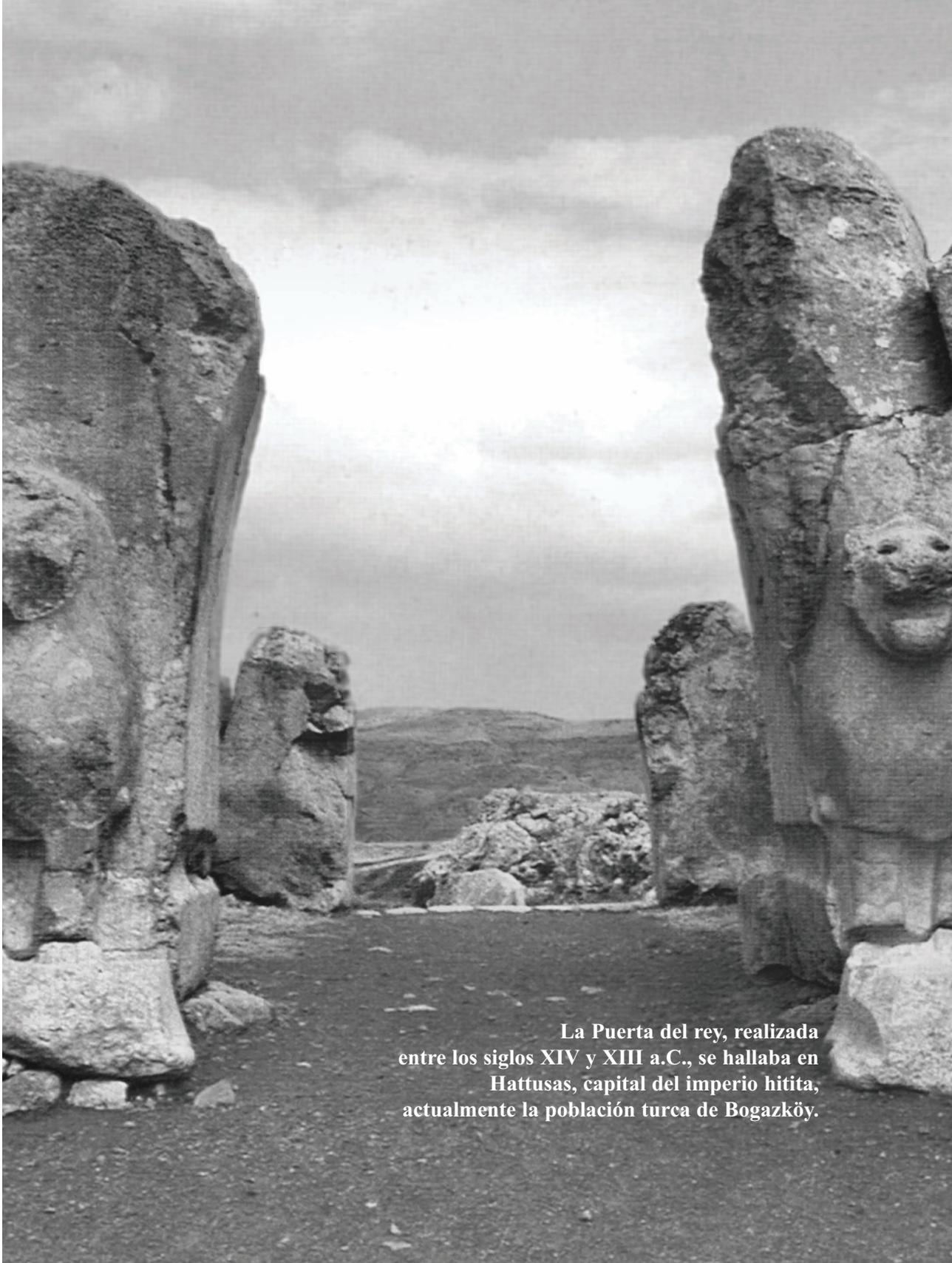
Habitualmente todas las fiestas tenían un programa parecido. Una solemne procesión presidida por la pareja real salía de palacio, acompañada de un nutrido cortejo de sacerdotes, notables y funcionarios. Una vez en el templo, se hacía una ofrenda de carne y libaciones a la divinidad, en medio de un ceremonial pomposo y estricto. El acto terminaba con un banquete ritual en el que los monarcas, sacerdotes y nobles consumían parte de esas ofrendas.

El rey y la reina salen de la casa halentuwa. Dos servidores de palacio y un componente de la guardia caminan delante de la pareja real; sin embargo, los nobles, los servidores de palacio y la guardia personal, avanzan detrás. Mientras tanto, los bufones tocan el arkammi, el huhupal y el galgalturi por delante y por detrás de los reyes... Otros bufones, vestidos con ropas abigarradas, se encuentran junto al soberano; llevan las manos alzadas y giran sobre sí mismos...

El rey y la reina llegan al templo de Zababa. Se arrodillan una vez se encuentran delante de la lanza sagrada. El bufón habla y el heraldo llama. [...]

El rey y la reina se sientan en tronos. El servidor de palacio trae la tela de la lanza sagrada y el lituus. Entrega a su monarca la tela de la lanza, pero coloca el lituus junto a uno de los tronos, a la derecha del rey. [...]

[...] El rey y la reina se lavan las manos. [...]



La Puerta del rey, realizada entre los siglos XIV y XIII a.C., se hallaba en Hattusas, capital del imperio hitita, actualmente la población turca de Bogazköy.

[...] *El macero sale y camina delante de los cocineros principales, y los cocineros principales avanzan (en este momento tiene lugar la ofrenda a los dioses) [...]*

El macero sale a la puerta y dice a los cantantes: ¡música, música! [...]

[...] *Los cocineros sirven platos de agua y harina. Distribuyen la manteca fría. [...] Después de distribuirse los platos... dan marnuwan a la asamblea. [...] en este momento tiene lugar el banquete ritual (...)]. El rey hace un signo con los ojos al barrendero y el barrendero limpia el suelo¹⁷.*

Ritual de las festividades de Otoño

Ya hemos dicho que la presencia de los monarcas era fundamental para la realización de los ritos, de no ser así, se consideraba que la ceremonia no era válida. El monarca Suppiluliuma se ausentó en varias ocasiones de estos actos, convirtiéndose, las ausencias, en una fuente de problemas internos.

Evidentemente, no todos los ritos conllevaban este alto grado de complicación y personajes principales. Había otros mucho más sencillos que se aplicaban en la vida cotidiana. Uno de los más primitivos es el que se celebraba para purificar al ejército hitita antes de la batalla. Consistía en el sacrificio de un hombre, un perro pequeño y un macho cabrío. Estos eran partidos por la mitad, y las tropas pasaban entre las dos partes de las víctimas¹⁸.

LA ADIVINACIÓN ENTRE LOS HITITAS

LA RESPUESTA A UNA REALIDAD PELIGROSA Y OSCURA

El hombre hitita vivía en una realidad compleja y fatal. Cualquier desgracia que le acontecía suponía el justo castigo que los dioses le enviaban por sus pecados y su actitud irreverente. De ahí su necesidad de escrutar permanentemente la voluntad de la divinidad, a fin de conocer el pecado cometido y calmar a la misma. De este modo nació la adivinación, que también se empleaba para indagar el futuro y saber qué le deparaba el destino. Así pues, el arte adivinatorio, más que una caprichosa forma de superstición, era el lenguaje privilegiado de relación entre dioses y hombres. Aquellos lo enseñaron a los humanos y ellos mismos lo empleaban si llegaba el caso, como se pone de manifiesto en el *mito de Telepinu*.

La práctica de la predicción estaba muy extendida en todas las clases sociales. Desde el monarca al campesino, todo el mundo consultaba la

voluntad del dios antes de emprender una empresa importante o ante la existencia de un suceso desagradable. El ejército lo tenía como un acto imprescindible antes de entrar en batalla y era el resultado de este augurio lo que determinaba si se emprendía o se demoraba el inicio de la campaña.

Como pueblo abierto a recibir y a aceptar todo tipo de influencias extranjeras, practicó muchos de los métodos adivinatorios de sus vecinos. Hemos constatado la existencia y práctica de técnicas sumerias, luvitas, hurritas y anatolias. Las más empleadas fueron: la ornitomanía, o estudio del vuelo de las aves; la hepatoscopia, o estudio del hígado de los animales sacrificados; los sueños o *incubatio*; y un método basado en el azar, en el que las viejas jugaban un papel fundamental. También han quedado recogidos testimonios de adivinación a través de la observación de los astros y de los comportamientos de los animales.

Las aves mánticas por excelencia, esto es, las que desvelaban el futuro, eran el águila, el gavilán, la perdiz y la paloma. Los augures o *mushen.du* eran expertos en la interpretación de todos los hechos que pudieran estar relacionados con el comportamiento de estas. En sus años de formación, estudiaban minuciosamente una serie de manuales secretos en los que se les instruía sobre el sentido que tenía la forma de levantar el vuelo, volar, posarse, píar y comportarse de los pájaros. Esta minuciosa educación de la que hablamos era también propia de los sacerdotes encargados del examen de vísceras de animales. Estos hombres habían sido seleccionados por su capacidad de concentración, poder mental y religiosidad, y constituían a la vez la continuación de una larga saga de adivinos de culturas orientales, que se servían especialmente del hígado de la oveja para interpretar el futuro.

Es curiosa la fascinación que este órgano ejerció sobre todas las civilizaciones de Oriente. No sucedió así con los pulmones, el corazón o el cerebro, sino solo con el hígado, considerado como el centro y el asiento de la vida para los asirios y los babilonios. Esta categoría se le concedió, seguramente, al contemplar lo abundantemente irrigado que se encuentra. La comodidad para localizar este órgano y poder leer en él los signos de los dioses también debió influir positivamente, ya que es una víscera fácil de encontrar y extraer. A través de los vasos, apéndices y hendiduras se podía saber si se acercaban tiempos de guerra, de paz, pestes, buenas cosechas, o incluso el resultado de los conflictos abiertos. El método y la posición preeminente del hígado duró más de tres mil años, prácticamente desde los sumerios hasta los últimos momentos de la civilización romana.

Los restos arqueológicos relacionados con la lectura de este órgano son numerosísimos. En Hattusas, capital del Imperio Hitita, han aparecido

múltiples figurillas de barro imitando hígados de oveja, sobre los cuales se hallaban inscripciones que no servían sino para la formación práctica y el aprendizaje de los nuevos adivinos. Del mismo modo, se han encontrado unas pinturas murales que representan las entrañas de un carnero con una serie de diagramas en sus márgenes que, sin duda, sirven de ilustración y explicación a los propios augures para sus predicciones. En los archivos oficiales también se han descubierto gran cantidad de rituales mágicos que prueban la afición de este pueblo por la hechicería, con la que conjuraban los peligros¹⁹.

Otro de los métodos habituales era el de los sueños adivinatorios o incubación, un método que se consideraba especialmente eficaz y directo, pues era la misma divinidad la que se comunicaba claramente con el intérprete o adivino. La técnica era sencilla de ejecutar. Ante una cuestión importante, los sacerdotes acudían a dormir en el templo. En el transcurso de la noche, alguno o varios de ellos recibían en sus sueños la revelación del futuro por parte del dios. Un ejemplo evidente de este tipo de adivinación ha llegado hasta nosotros desde el reinado de Mursil II.

El monarca quería saber desesperadamente que sucedía en su país, azotado desde hacía décadas por una grave peste que había diezmando a la población. Viendo que el resto de métodos no eran eficaces, optó por hacer dormir en el templo a varios sacerdotes, aunque lo más separados posible. Esperaba que así se facilitase, en este estado de inconsciencia, la posesión divina y la revelación del problema a alguno de ellos. Tras realizar una serie de oraciones, presentó sus plegarias y preguntas ante el dios de la tempestad. Al día siguiente, uno de los sacerdotes le confesó que el motivo de la ira del dios era la escasez de sacrificios que se venían haciendo en su honor desde hacía ya 30 años. Tomadas las medidas oportunas, la epidemia retrocedió.

Pero los dioses no eran clasistas, y se aparecían tanto a monarcas y sacerdotes como a seglares y gentes humildes. Tal fue el caso de la esposa de Hattusili, que ha llegado hasta nosotros por la descripción que del mismo hizo su propio marido:

Pero Ishtar, mi Señor, ya me había anunciado con mucha anterioridad la realeza. Por aquellos tiempos, mi Señor apareció en sueños a mi esposa, para decirle:

—Yo apoyo a tu marido. Toda Hattussa le brindará su apoyo. Jamás le he abandonado en una mala causa, mucho menos ante una mala divinidad, porque le he amado mucho. Yo ahora lo elevo, lo instalo por la sacerdotisa de la diosa del Sol de Arinna. Y tú, ten confianza en mí, Ishtar.

Ishtar, mi señora tuvo cuidado de mí y las cosas ocurrieron como ella había dicho. Ishtar, mi Señor, se apareció en sueños a los señores a los que Urhi-Tesup había expulsado [...] (y les dijo): –He proporcionado todos los países de Hatti, yo Ishtar, a Hattusili.

Agradecimiento de Hattusili a Ishtar

El tercero de los métodos nos resulta más desconocido. Tiene que ver con «las viejas», que, a través de un método basado en el azar -una especie de sorteo-, debían desentrañar el futuro. La protagonista por excelencia era la *hasawa*, término que significa literalmente «la vieja». Esta mujer se servía, para sus operaciones adivinatorias y mágicas, de varias sustancias, además de hilos, panes y unas figuras de arcilla que representaban a personajes concretos. Es curioso, pero la hechicería estaba ligada fundamentalmente a las mujeres, no tanto a los hombres. A estas se las consideraba privilegiadas para el desempeño de estas prácticas y, aunque la magia era de uso común para todo hitita que se creía víctima de un mal espíritu o de una maldición, solo se podía practicar la magia blanca, la negra estaba penada de muerte para todo aquel que la ejerciese²⁰.